

Para una musa que existió

A D. Alberto López,
mi maestro preferido (1925-30)

En las Escuelas de entonces la palabra PROFESOR aún era inexistente, al menos para los chicos de las clases no pudientes, en la que yo estaba incluido.

La palabra MAESTRO era la más natural, y recuerdo a D. Alberto una figura señera, que en los años de los que hablo, nos educó.

Supongo que como yo, habrá todavía alguno que lo recuerde con gratitud.

Corrián los años treinta
y la musa que existió
era una rosa almagraña
y como tal... ilusión.

¿Qué como era esa musa?
pues era... yo te diré:
Blanca como una paloma,
Guapa, sin más adjetivos,
de estatura espigadita,
y hubo un momento en su vida
que demostró ser bonita.

Cuándo se tiene quince años
siempre hay dentro una musa,
la logres o no la logres
pero el recuerdo perdura.

Como cualquier ser humano
el también tuvo su musa,
era fragante la rosa, y
dejó en él tanto aroma
que aquella flor tan preciosa
dejó marcada su huella.

El corazón anhelaba

poder ver su amaranto,
el pensamiento volaba,
esperando ilusionado
el rato de contemplarla.

Puso en ella tanto amor
con sus quince primaveras,
que se sintió desvalido
cuando a su musa soñada
del rosal que más mimaba
su flor... otro la cogiera.

El tiempo fue transcurriendo,
y en ocasiones la vió,
como éste, no perdona,
la flor se fue marchitando
pero aquella que fue rosa
dentro le dejó su aroma.

Ese joven... ya declina,
y recordando su yo
revivió la primavera
de aquel su primer amor.

A. BRIÑAS
(Madrid, marzo 1991)